

1

Un e-mail misterioso

«Apreciados señores: El motivo de este correo no es otro que comunicarles mi renuncia al cargo de director general de Innova Business Corporation debido a...».

Sin saber por qué, Víctor se detuvo. Dejó de teclear a pesar de mantener los dedos sobre el teclado. ¿Por las mentiras de César Mata, el consejero delegado? O ¿por su incapacidad para gestionar la situación?

Una frase de su padre resonaba cada vez a más decibelios dentro de su cabeza: «No renuncies nunca a tus sueños...». Si bien, ¿qué podía hacer? Era cierto

que su mayor ilusión estribaba en dirigir una empresa. Se había preparado durante años para ello y estaba convencido de que era una fórmula fantástica para contribuir al progreso de la sociedad y generar riqueza no sólo para los socios de la compañía sino para todos y cada uno de los implicados en el proyecto. ¿No sería una visión excesiva y utópica? Pero ¿no era más triste que al primer escollo en su vida profesional tirara la toalla? ¿Tan flojo era que nada más chocar con la cruda realidad salía corriendo?

Le acosaban las preguntas dejándole sin palabras pero, sin que apenas se diese cuenta, algo giraba como un tiovivo alrededor de su hipotálamo dirigiendo los malos presagios hacia las buenas decisiones.

Comprendió que no podía abandonar su sueño. No estaba dispuesto a renunciar a ello. Porque su sueño no era convertirse en un George Caplan, el mítico fundador de Innova. A Víctor le guiaba otro tipo de motivación, otro anhelo, un deseo casi místico —quizá pueril para algunos— de mejorar el mundo.

¿Era un iluso? Ni mucho menos. Creía en sus posibilidades y en conseguir llevar a las empresas un estilo de dirección motivador y participativo. Eso permitiría que tanto el personal fijo como el de los colaboradores se sintieran felices por trabajar en un ambiente entregado y de total cooperación, fuese cual fuese su categoría laboral. Un entorno distendido, sin miedo a zancadillas, a probables despidos, a envidias

encubiertas o a peores causas se vería reflejado en el incremento de los beneficios más pronto que tarde.

En definitiva Víctor deseaba con todas sus fuerzas que todos y cada uno sintieran que estaban contribuyendo a cimentar un mundo más habitable. Y estaba seguro de que era posible conseguirlo. La actividad bien encauzada revertiría tanto en la producción como en la dirección de la empresa. Y no estaba solo en esta aventura —aunque lo pareciera en ocasiones—, muchos otros contribuían, desde sus puestos de trabajo y sus valores personales, para erradicar el mal endémico de las civilizaciones, ese incierto *DIVIDE Y VENCERÁS*.

Por todo esto a Víctor le costaba horrores escribir ese correo. Él no había generado la situación por la que atravesaba, la que le empujaba a renunciar, a rendirse, palabras que no formaban parte de su forma de ser y, sin embargo, adquirirían un protagonismo sonrojante. ¿Cómo animarse, empujarse, decidir tomar la resolución de un golpe de timón y ponerse al frente del viaje?

Por un lado, quería seguir a flote y arrastrar a sus compañeros; por otro, las fuerzas, la fe en él mismo se habían extinguido. ¿Era o no capaz de seguir adelante sin tener a nadie a quien pedir su ayuda?

Y apareció, con amargura, la fatídica frase: «Una retirada a tiempo es una victoria». Sus dedos comenzaron a teclear de nuevo:

«... debido al nulo respaldo que he encontrado por parte de César Mata, consejero delegado de Innova, y a las permanentes contradicciones halladas entre la información que me facilitó, en la fecha de mi incorporación, y la realidad de la compañía, descubierta y bien analizada desde mi incorporación...».

En ese punto escuchó un *ding* característico de la entrada de un mensaje, al tiempo que asomaba un sobrecito en la esquina derecha de la pantalla. Acababa de recibir un correo electrónico.

¿Quién podría escribirle a aquellas horas de la madrugada? Dudó en abrirlo. Al fin y al cabo poco le concernía ya cuanto pasara o le dijeran acerca de Innova. Estaba redactando su renuncia. Tanto daba que fuera César diciéndole que tenía el móvil apagado o Pedro enviando, a estas horas, la última previsión mensual. ¿No dormía nunca?

Pero la curiosidad pudo con sus reticencias y optó por abrirlo. Seguramente, por la misma razón por la que, a veces, cuando estamos haciendo algo con lo que nos sentimos a disgusto, cualquier excusa es buena para aplazarla, aunque sea por unos breves minutos.

No conocía al remitente: ariadna@email.com; una simple dirección anónima. Podía ser spam, publicidad encubierta. Pensó borrarlo cuando reparó en el asunto: «Ayuda para un director en apuros».

El respingo fue espectacular. ¿Una casualidad? ¿Una burla? ¿Justo en ese momento aparece la «ayu-

da» de una auténtica desconocida? Sólo Laura, su mujer, conocía su desasosiego, pero ¿para qué iba ella a escribirle un e-mail? La expectativa creada le empujó a abrirlo.

De: ariadna@eemail.com
Para: victor@innova.com
Asunto: Ayuda para un director en apuros
Anexo: virus.doc (documento Word)

Apreciado Víctor:

Sé que te desconcertará no saber quién soy, pero es preferible que así sea, no porque crear un misterio en torno a mi persona sea fundamental y, lo más importante, suponga guardar mi identidad sino porque los avatares a los que estás abocado me lo aconsejan y son los que me empujan a ayudarte. ¿Cómo lo he sabido? Eso es lo de menos, por el momento. Deja de darle vueltas a tus neuronas por esta causa y mucho menos hagas de Hercule Poirot investigando por aquí y por allá, para descubrir quién es esta Ariadna que se ha colado en tu correo. Acepta mi intromisión porque puedo y quiero ayudarte.

¿Te asalta la incredulidad? Es normal, a lo mejor estoy pecando de ligereza, primero porque no me conoces y segundo porque la mayoría de las personas, incluso tú, una persona brillante, solemos encerrarnos en nuestro pequeño

cascarón cuando tenemos dificultades al creer, erróneamente, que en nuestras manos está todo lo que necesitamos para salir adelante.

Te ruego que, aunque sea sólo por un momento, te abras y confíes. Será bueno para ti y para quienes te rodean.

Por supuesto, puedes aceptar mi ayuda o rechazarla. Eres libre de hacerlo, igual que eres libre de quedarte en Innova o abandonar el barco, como estás dudando en hacer. Nadie te lo recriminará. O ¿sí lo harán? Pero si decides aceptarla, te aseguro que aprenderás algo tremendamente valioso. Recibirás un tesoro de un valor incalculable. ¿Estoy pasándome de optimista y crédula? No lo creo aunque suene algo pedante.

Depende de ti. Si aceptas, el primer paso es leer el documento anexo. Si lo escrito te parece interesante, o al menos útil, responde a este mensaje y seguiremos en contacto. Un cordial saludo,

Ariadna

Ni que decir tiene que, después de la lectura, Víctor se quedó boquiabierto. ¿Era magia? ¿Tendría que empezar a creer en las hadas madrinas? O ¿haciendo honor a su nombre, Ariadna, le ayudaría a salir del laberinto?

Por más que se empeñó no lograba dar con la identidad de la remitente misteriosa. Y, eso sí, debía de

ser alguien cercano, que le conocía lo suficiente como para saber en qué secos cauces había embarrancado. ¿Trabajaría en o para Innova? Desde luego nada tendría que ver con el Comité de Dirección. No se imaginaba, ni por asomo, que César o Amanda quisieran ayudarle; todo lo contrario, cuanto antes se hundiera, antes conseguirían ellos sus propósitos.

Tampoco le echaría una mano Ricardo, incapaz de ayudar a nadie que no fuera él mismo. ¿Pedro, encerrado en su ostracismo, embelesado con descubrimientos importantes que no llegaban a ver la luz? Imposible. Juan, por descontado, era incapaz de tener una iniciativa como ésta (ni de ningún otro tipo). Y Patricia... Lo dudaba, pues de haber dado con la receta de los milagros la hubiera puesto en práctica.

Después del recorrido a través de las características de sus compañeros, ¿adónde había ido a parar? Al punto de partida. No sabía quién era Ariadna ni cómo le conocía.

Antes de recibir el correo sólo tenía una opción: finalizar su carta de cese y enviarla. El correo, sin embargo, le mostraba la luz al final del túnel al ofrecerle ayuda. ¿Qué quería hacer?